

Imago hominis

El Ayudante Austin *A+008* golpeó con los nudillos suavemente en la puerta del dormitorio de la Doctora Swanson.

—Elisabeta —llamó quedamente—, es la hora.

—Muchas gracias, Austin —se oyó como un leve quejido desde el otro lado.

Austin *A+008*, como todos los días, se dirigió a la cocina de la pequeña casa y, desde la ventana, observó la mancha oscura del cielo más allá de la campana de aislamiento. Por culpa de la contaminación, cada día resultaba más oscuro. Para evitar a la doctora Swanson esta visión desoladora, tecleó rápidamente ciertas instrucciones sobre el panel de la ventana con el objetivo de dotar de un leve tinte irisado al cristal. Sabía que Elisabeta no se iba a dejar engañar por su ingenua travesura, pero ese simple detalle, como en otras ocasiones, sería suficiente como para consolarla en el comienzo del nuevo día. Con movimientos ágiles y precisos Austin *A+008* hizo café, calentó la leche a la temperatura justamente deseada y sacó del horno los dos panecillos calientes que cada día desayunaba la Doctora.

Cuando Elisabeta Swanson entró en la cocina, sonrió ante el fingimiento ingenuo de la cristalera y se sentó frente a su taza humeante. Austin, después de tantos días a su servicio, ya se atrevía a clavar sus ojos redondos sobre la fisonomía del ama recién levantada. Elisabeta ya no era una mujer joven: si alguna vez sus vivaces ojos azules habían resultado inquietantes para los hombres, ahora quedaban enmarcados por una sombra grisácea que traslucía el secreto de sus preocupaciones y sus insomnios. Su cabello, aquella mañana, caía despeñado sobre unos hombros que luchaban por seguir soportando el peso de su trabajo diario inevitable y aparecía deslucido. Sin embargo, a pesar de los incipientes

signos de decadencia, seguía siendo una mujer atractiva. Quizás precisamente las pequeñas arrugas que comenzaban a rodearle la boca producían una sensación de dulzura desolada que le confería un encanto entrañable y doloroso.

—Austin, sabes que nunca conseguirás confundirme —intentó bromear para agradecer el desvelo de su subordinado.

El Ayudante *A+008*, mientras ella salía, observó preocupado que la broma diaria no había conseguido velar completamente el rictus de tristeza de la Doctora. ¿Un cambio de humor inusitado?, se preguntó. Debía apuntar aquella nueva reacción y consultar de nuevo el manual de Psicología, ya que entre sus obligaciones se hallaba la de procurar la felicidad de aquella mujer. Su estabilidad emocional era altamente necesaria para que su trabajo diera frutos y él no debía permitir que ninguna fisura pusiera en peligro sus obligaciones.

La Doctora se dirigió de nuevo a su dormitorio para terminar de vestirse y arreglarse. Aunque, obviamente, no saldría de casa ni tendría ningún contacto con otros humanos, no podía descuidar su aspecto físico ni su higiene diaria. Aquella era una de las normas elementales de supervivencia que había aprendido en la infancia.

Minutos después, como todos los días, se sumergió en cuerpo y alma en su trabajo ineludible en la sala de ordenadores.

Austin, mientras tanto, se dedicaba con afán a sus diarias labores domésticas. La oscuridad del cielo hoy tampoco le produjo inquietud. Suponía —mejor dicho, “sabía”— que la Doctora conseguiría encontrar la solución. Aquellas líneas incomprendibles con las que laboraba, aquellas coordenadas y mediciones milimétricas, aquel esfuerzo ciclópeo de tantos humanos en tantos años terminaría por llegar a la conclusión deseada: se acabaría encontrando la fisura celeste por donde expulsar los gases que ahogaban la Tierra. Austin no tenía ninguna duda de que la Humanidad conseguiría salvarse. Los Dioses no sucumben. Esa era una de sus convicciones más arraigadas.

La rutina es buena compañera para empujar el lento transcurso del tiempo y Austin realizó sus obligaciones de manera sistemática y ordenada. A media mañana, como todos los días, se presentaba en la sala de ordenadores con la bandeja del pequeño refrigerio. No era preciso llamar, ya que la Doctora, inmersa en sus elucubraciones, apenas necesitaba alargar la mano para indicarle que había advertido su presencia y que seguía concentrada en las mediciones.

Sin embargo, hoy era todo diferente. La Doctora Swanson no miraba la pantalla del ordenador, sino que permanecía derrotada, con los codos apoyados encima de la mesa, protegiéndose la cara entre las manos. Ante aquel problema imprevisto, Austin se preguntó cuál debía ser la reacción correcta y optó por acercarse y, después de dejar suavemente la bandeja, colocar su mano sobre el hombro de la Doctora. Ella, al notar la suavidad y calidez de su tacto, la presión oportuna y la perfecta duración del contacto, intentó sonreír desde el fondo de sus preocupaciones.

—Doctora... ¿hay algún problema? —indicó solícito señalando la pantalla.

—No es eso... —contestó ella con premura—. ¡Todavía queda mucho tiempo!

Sin embargo, en su fuero interno, Elisabeta se debatía ante la idea de sincerarse ante su ayudante. Era absurdo tener que explicar algunas cosas... Casi resultaba ridículo... Pero Austin la miraba con un semblante de preocupación tan sincero, de una perfección tan impactante, que ella cedió.

—Es, simplemente, la soledad... —y lo miró, dubitativa, a los ojos— Tú... ¿lo entiendes?

Austin sabía que ella necesitaba que él sonriera. Eso la haría sentirse más segura. Así que, después de curvar hacia arriba los labios hasta mostrar su espléndida dentadura tan perfecta, presionó de nuevo su hombro, volvió a sonreír y salió. Cuando se alejaba, ella miró la línea sinuosa de su espalda, la curva firme de las nalgas, que acababan en dos piernas perfectas, y calibró la suavidad y cadencia de las pisadas que se alejaban.

No pudo soportar su delirio y, de nuevo, ocultó la cara entre las manos. Era preciso que él no la viera llorar. ¡Era todo tan absurdo!

Austin conocía perfectamente el significado de la palabra “soledad”, ya que casi en el mismo instante en que ella la pronunciara había podido acceder a su definición exacta (unas letras temblorosas se habían hecho luz en el depósito informático de las definiciones: *Soledad: 1. Carencia voluntaria o involuntaria de compañía. 2. Lugar desierto o tierra no habitada. 3. Pesar y melancolía que se sienten por la ausencia, muerte o pérdida de alguien o de algo...*) Era muy sencillo deducir que la punzada que atenazaba a la Doctora correspondía a la tercera definición, y su causa inmediata estaba provocada por la primera. Tres años encerrada en la pequeña casa, con el cielo siempre oscuro allá arriba, el trabajo inexorable en los ordenadores de la sala y la ausencia de estímulos debía ser muy duro para ella, al fin y al cabo, una simple y débil ejemplar de ser humano. Austin, sin embargo, estaba altamente capacitado para seguir adelante en condiciones extremas. Incluso tenía en su mano la posibilidad de elegir la mejor de entre todas las posibles soluciones para cualquier problema.

A la hora del almuerzo la Doctora tenía los ojos hinchados y, además, no había probado el contenido de la bandeja que Austin le presentó a media mañana.

—Doctora... ¿no se siente bien? —le preguntó al ver que, de nuevo, rechazaba la comida que él había preparado— ¿Necesita contactar con alguien del Centro Médico?

Elisabeta lo miró extrañamente, como si intentase leer lo que estaba escrito en el fondo de sus ojos brillantes.

—No es nada —dijo ella finalmente—. Será el cansancio después de tantos días de trabajo. Es una sensación que... está acabando por obsesionarme... Aunque no es posible... ¡No es nada!

Austin sabía que en aquellas circunstancias ella desearía destruir la sensación de incomodidad mediante una broma, y le espetó como en un juego:

—No le voy a permitir levantarse hasta que no haya probado la comida. ¡No puede comportarse como una niña mimada!

La Doctora se ensombreció.

—Es cierto. No debo comportarme como una niña.

Como en otras ocasiones, Austin sabía que ella necesitaba que él oprimiera suavemente su mano y se apresuró a cumplir lo esperado. Sin embargo, durante el contacto, Elisabeta le escrutó intentando leer todo aquello que le hurtaban los ojos redondos. Cuando la presión de las manos cesó, el Ayudante advirtió que la Doctora había quedado temblando.

La tarde transcurrió como todas las tardes en la nueva era. Apenas había oscurecido unos minutos antes que el día anterior y, aunque la negrura del cielo seguía siendo insondable, daba la impresión de que algún fenómeno atmosférico era capaz de subsistir entre las tinieblas producidas por la acumulación de los gases. Quizás un pequeño relámpago luciera durante unos segundos en el abismo denso del cielo o quizás alguna condensación de vapor consiguiera remover las toneladas de depósitos del aire. Austin sabía que, en realidad, no iba a suceder ningún cambio reseñable. La Doctora, por su parte, pasó todas las horas embebida en la información que le proporcionaban los ordenadores, sin permitirse siquiera ni un pequeño respiro en sus interminables mediciones. Al parecer, se sentía mejor dispuesta que durante la mañana, cuando había sufrido algunas alteraciones psicológicas. Pero esto no era un problema. El Ayudante *A+008*, después de sopesar las distintas hipótesis y soluciones para los vaivenes espirituales de su dueña, iba a cumplir con su responsabilidad de encontrar el mejor remedio para contrarrestar cualquiera de aquellos desórdenes.

Durante la cena, inopinadamente, Elisabeta se mostró especialmente risueña y parlanchina. Debía haber encontrado alguna de las ecuaciones necesarias o quizás había resuelto algún extremo importante de su investigación. Quizás por eso decidió abrir una botella de vino, de la que bebieron los dos debido a su insistencia, y con la llegada de los postres exhibió un humor satírico y deslumbrante que, en cierto sentido, desorrientó

al Ayudante. Austin lamentó no haber llegado a esa parte del manual de Psicología.

Al final de la cena, Elisabeta, que se había recogido el pelo en un atadillo desordenado y ondulante en lo más alto de la cabeza, inesperadamente lo soltó y, mientras los cabellos caían, a Austin le pareció que también había caído la túnica antigua y vaporosa con la que su ama se había protegido aquellos últimos años. Después de mirar durante dos largos minutos la ingenua profundidad de los ojos del Ayudante, la Doctora salió de la estancia con paso inseguro pero cimbreante. Cuando llegó al dintel de la puerta, en un último esfuerzo por comprender, o por rechazar, o por subvertir lo que ya era inexorable, se dejó anegar por un largo suspiro que no consiguió conjurar su dolor.

Austin quedó abandonado en la sala. Sabía que se esperaba de él la máxima eficacia. Sabía que sólo él era capaz de hallar la solución más correcta a cada uno de los problemas descritos. Él tenía la información necesaria para encontrar la respuesta más adecuada a cualquiera de las carencias humanas. La Doctora esperaba que él se acercase a la puerta. La Doctora esperaba que, sin necesidad de una orden, él abriera esa puerta y entrara hasta su cama deshecha. La Doctora quería que él, con su mano suave de tacto cálido y delicado, le recorriera la espalda con la presión oportuna y la perfecta duración del contacto, que le sonriera mientras dejaba escapar un suspiro que disimulase ese íntimo temblor sensitivo de los humanos...

Austin volvió a recapitular: la Doctora quería que él, con su mano de tacto cálido y delicado, casi humano, recorriera su espalda con la presión oportuna... La presión oportuna... Duración del contacto... El instinto inefable del contacto entre humanos...

Austin advirtió, aterrado, que las instrucciones quedaban truncadas. En realidad, a partir de aquella opción, aún no había resultado programado...